

Primera edición, 2014

335.4

H3411d

HARVEY, DAVID

DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO / DAVID HARVEY

— 1.ª ed. — Quito: Editorial IAEN, 2014

296 p.; 15 x 24 cm (Prácticas constituyentes, n.º 4)

ISBN: 978-9942-950-26-0

1. ECONOMÍA 2. CAPITALISMO-CRÍTICA E INTERPRETACIÓN
3. MARXISMO 4. CRITICISMO (FILOSOFÍA) 5. CIENCIAS
POLÍTICAS I. Título

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES DEL ECUADOR (IAEN)

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Quito - Ecuador

Telf: (593 2) 382 9900, ext. 236

www.iaen.edu.ec

Información: editorial@iaen.edu.ec

Dirección editorial: Miguel Romero Flores

Dirección de colección: Carlos Prieto del Campo y David Gámez Hernández

Traducción: Juan Mari Madariaga

Corrección ortotipográfica: traficantes de sueños

Maqueta y diagramación: traficantes de sueños

Diseño portada: César Ortiz Alcívar

Impresión: Imprenta VyM Gráficas

Tiraje: 500 ejemplares

© Profile Books LTD, 2014

© IAEN, 2014

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Título original: *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*,
Profile Books LTD, 2014.

DIECISIETE CONTRADICCIONES Y EL FIN DEL CAPITALISMO

DAVID HARVEY

Juan Mari Madariaga
(Traductor)

prácticas **c**onstituyentes

PRÓLOGO

LA CRISIS DEL CAPITALISMO QUE TOCA AHORA

LAS CRISIS SON esenciales para la reproducción del capitalismo y en ellas sus desequilibrios son confrontados, remodelados y reorganizados para crear una nueva versión de su núcleo dinámico. Mucho es lo que se derriba y se deshecha para hacer sitio a lo nuevo. Los espacios que fueron productivos se convierten en eriales industriales, las viejas fábricas se derriban o se reconvierten para nuevos usos, los barrios obreros se gentrifican. En otros lugares, las pequeñas granjas y las explotaciones campesinas son desplazadas por la agricultura industrial a gran escala o por nuevas e impolutas fábricas. Los parques empresariales, los laboratorios de I+D y los centros de distribución y almacenaje al por mayor se extienden por todas partes mezclándose con las urbanizaciones periféricas conectadas por autopistas con enlaces en forma de trébol. Los centros metropolitanos compiten por la altura y el glamur de sus torres de oficinas y de sus edificios culturales icónicos, los megacentros comerciales proliferan a discreción tanto en la ciudad como en los barrios periféricos, algunos incluso con aeropuerto incorporado por el que pasan sin cesar hordas de turistas y ejecutivos en un mundo ineluctablemente cosmopolita. Los campos de golf y las urbanizaciones cerradas, que comenzaron en Estados Unidos, pueden verse ahora en China, Chile e India, en marcado contraste con los extensos asentamientos ocupados ilegalmente y autoconstruidos por sus moradores oficialmente denominados *slums* [áreas urbanas hiperdegradadas], favelas o barrios pobres.

Pero lo más llamativo de las crisis no es tanto la transformación total de los espacios físicos, sino los cambios espectaculares que se producen en los modos de pensamiento y de comprensión, en las instituciones y en las ideologías dominantes, en las alianzas y en los procesos políticos, en las subjetividades políticas, en las tecnologías y las formas organizativas, en las relaciones sociales, en las costumbres y los gustos culturales que conforman la vida cotidiana. Las crisis sacuden hasta la médula nuestras concepciones mentales y nuestra posición en el mundo. Y todos nosotros, participantes inquietos y habitantes de este mundo nuevo que emerge, tenemos que adaptarnos al nuevo estado de cosas mediante la coerción o

el consentimiento, aunque añadamos nuestro granito de arena al estado calamitoso del mundo a causa de lo que hacemos y de cómo pensamos y nos comportamos.

En medio de una crisis es difícil prever dónde puede estar la salida. Las crisis no son acontecimientos sencillos. Aunque tengan sus detonantes evidentes, los cambios tectónicos que representan tardan muchos años en materializarse. La crisis arrastrada durante tanto tiempo que comenzó con el desplome de la bolsa de 1929, no se resolvió definitivamente hasta la década de 1950, después de que el mundo pasara por la Depresión de la década de 1930 y la guerra global de la de 1940. De igual manera, la crisis de la que advirtió la turbulencia en los mercados de divisas internacionales en los últimos años de la década de 1960 y los acontecimientos de 1968 en las calles de muchas ciudades (de París y Chicago a Ciudad de México y Bangkok) no se solucionó hasta mediados de la década de 1980, después de haber pasado, a principios de la de 1970, por el colapso del sistema monetario internacional establecido en 1944 en Bretton Woods, por una década turbulenta de luchas laborales (la de 1970) y por el ascenso y la consolidación de las políticas del neoliberalismo bajo la égida de Reagan, Thatcher, Khol, Pinochet y finalmente Deng en China.

A posteriori no es difícil detectar numerosas señales que preceden a los problemas mucho antes de que la crisis explote ante nuestros ojos y se haga pública. Por ejemplo, las crecientes desigualdades en términos de riqueza monetaria y de renta de la década de 1920 y la burbuja de los activos del mercado inmobiliario, que explotó en 1928 en Estados Unidos, presagiaban el colapso de 1929. De hecho, la forma de salir de una crisis contiene en sí misma las raíces de la siguiente crisis. La financiarización global propulsada por el hiperendeudamiento y cada vez menos regulada, que comenzó en la década de 1980 para solucionar los conflictos con los movimientos obreros, tuvo como resultado, al facilitar la movilidad y la dispersión geográficas, la caída del banco de inversiones Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008.

En el momento que escribo han pasado más de cinco años desde aquel acontecimiento que desencadenó los colapsos financieros en cascada posteriores. Si el pasado sirve de algo, sería necio esperar ahora indicaciones claras sobre qué aspecto tendría un capitalismo revitalizado (si es que tal cosa es posible), pero ya deberíamos contar con diagnósticos concurrentes sobre lo que está mal y con una proliferación de propuestas para enmendar las cosas. Lo que sorprende es la penuria de teorías o estrategias políticas nuevas. A grandes rasgos, el mundo está polarizado entre la continuación, como en Europa y Estados Unidos, si no la profundización, de los remedios neoliberales monetaristas y basados en las políticas del lado de la oferta, que enfatizan la austeridad como la medicina adecuada para curar

nuestros males; y la recuperación de alguna versión, normalmente aguada, de una expansión keynesiana de la demanda financiada mediante el endeudamiento, como en China, que ignora la importancia que atribuía Keynes a la redistribución de la renta a las clases bajas como uno de los componentes clave de sus políticas públicas. Sea cual sea la estrategia política que se siga, el resultado favorece al club de los multimillonarios que constituye ahora una plutocracia cada vez más poderosa tanto a escala nacional como en el mundo entero (caso de Rupert Murdoch). En todas partes, los ricos se están haciendo cada vez más ricos a toda velocidad. Los cien multimillonarios más ricos del mundo (de China, Rusia, India, México e Indonesia, tanto como de los centros tradicionales de riqueza de América del Norte y Europa) añadieron 240 millardos de dólares a sus arcas solo en 2012 (suficiente, calcula Oxfam, para terminar con la pobreza mundial de un día para otro). En comparación, en el mejor de los casos, el bienestar de las masas se estanca, o más probablemente se degrada de manera acelerada o incluso catastrófica (como en Grecia y España).

Esta vez, la única gran diferencia institucional parece ser el rol de los bancos centrales, con la Reserva Federal de Estados Unidos jugando un papel de liderazgo o incluso dominante en el ámbito mundial. Pero desde su fundación (allá por 1694 en el caso británico), el papel de los bancos centrales ha sido proteger y rescatar a los banqueros y no el ocuparse del bienestar de la gente. El hecho de que Estados Unidos haya podido salir estadísticamente de la crisis en el verano de 2009 y de que las bolsas, casi en todas partes, hayan recuperado sus pérdidas, ha sido consecuencia directa de las políticas de la Reserva Federal. ¿Augura esto un capitalismo global dirigido por la dictadura de los bancos centrales del mundo cuya misión principal es proteger el poder de los bancos y los plutócratas? Si es así, ello no parece ofrecer una posibilidad de solución a los problemas actuales de unas economías estancadas y de unos niveles de vida en descenso para la mayoría de la población mundial.

Hay también mucha cháchara sobre las posibilidades de una solución tecnológica provisional de los males actuales de la economía. Aunque el entrelazamiento de nuevas tecnologías y nuevas formas organizativas ha jugado siempre un papel importante en la facilitación de la salida de las crisis, este nunca ha sido determinante. Ahora, la fuente de esperanza apunta hacia un capitalismo «basado en el conocimiento» (con la ingeniería biomédica y genética y la inteligencia artificial en primer plano), pero la innovación es siempre una espada de doble filo. Después de todo, la década de 1980 nos legó la desindustrialización gracias a la automatización, de forma que empresas como General Motors (que empleaba trabajadores sindicados y bien pagados en la década de 1960) han sido sustituidas por empresas como Walmart (cuya inmensa masa de trabajadores no está

sindicada y gana salarios bajos), que son ahora los mayores empleadores privados de Estados Unidos. Si la actual oleada de innovación apunta en alguna dirección, es hacia la disminución de las posibilidades de empleo para los trabajadores y el aumento de la importancia de las rentas derivadas de los derechos de propiedad intelectual para el capital. Pero si todo el mundo intenta vivir únicamente de las rentas y nadie invierte en hacer algo, entonces claramente el capitalismo se dirige hacia una crisis de un tipo completamente distinto.

No son solo las élites capitalistas y sus acólitos académicos e intelectuales los que parecen incapaces de romper de manera radical con su pasado o de concretar una salida viable de la intolerable crisis de bajo crecimiento, estancamiento, desempleo elevado y pérdida de la soberanía del Estado ante el poder de los propietarios de los bonos de deuda pública. Las fuerzas de la izquierda tradicional (partidos políticos y sindicatos) son claramente incapaces de organizar una oposición sólida contra el poder del capital. Han sido derrotadas tras treinta años de ataques ideológicos y políticos por parte de la derecha, mientras el socialismo democrático está desacreditado. El colapso estigmatizado del comunismo realmente existente y la «muerte del marxismo» después de 1989 pusieron las cosas peor todavía. Lo que queda de la izquierda radical actúa ahora mayoritariamente fuera de los canales de la oposición organizada o institucional, esperando que las acciones a pequeña escala y el activismo local puedan a la larga converger en algún tipo de gran alternativa satisfactoria. Esta izquierda, que por extraño que parezca acoge una ética de antiestatismo libertaria e incluso neoliberal, está alimentada intelectualmente por pensadores como Michel Foucault y todos los que han vuelto a juntar los fragmentos posmodernos bajo el estandarte de un posestructuralismo en gran medida incomprensible que favorece las políticas identitarias y se abstiene de los análisis de clase. Los puntos de vista y acciones autónomos, anarquistas y localistas abundan por doquier, pero dado que esta izquierda quiere cambiar el mundo sin tomar el poder, la clase capitalista plutócrata, cada vez más consolidada, se mantiene sin que se desafíe su capacidad de dominar el mundo ilimitadamente. Esta nueva clase gobernante se apoya en un Estado de seguridad y vigilancia que no duda en la utilización de sus poderes de policía para aplastar cualquier tipo de disidencia en nombre de la lucha antiterrorista.

Este libro está escrito en este contexto. El planteamiento que he adoptado es poco convencional, ya que sigue el método marxista, pero no necesariamente sus prescripciones, y es de temer que los lectores desistan por ello de seguir resueltamente los razonamientos que aquí se exponen. Pero es evidente que necesitamos algo diferente en cuanto a métodos de investigación y concepciones mentales en estos tiempos intelectualmente estériles si deseamos escapar del paréntesis actual en el que se hallan

inmersos el pensamiento económico, la aplicación de las políticas públicas y la política *tout court*. Después de todo, es evidente que el motor económico del capitalismo está pasando por dificultades graves. Avanza a bandazos entre chisporroteos que amenazan con una parada en seco o explosiones episódicas sin previo aviso aquí y allá. Las señales de peligro aparecen a cada paso junto con los pronósticos de una vida plena para todos en algún punto del camino. Nadie parece comprender de manera coherente el cómo, no digamos ya el porqué, de que el capitalismo esté en un momento tan malo. Pero siempre ha sido así. Las crisis mundiales han sido siempre, como Marx dijo una vez: «la concentración real y el ajuste forzoso de todas las contradicciones de la economía burguesa»¹. Desentrañar esas contradicciones debería revelarnos mucho sobre los problemas económicos que tanto nos aquejan. Con toda seguridad merece la pena intentarlo en serio.

También parecía correcto dibujar los resultados probables y las consecuencias políticas posibles que se derivan de la aplicación de este modo distintivo de pensamiento a la comprensión de la economía política del capitalismo. Estas consecuencias pueden no parecer realistas a primera vista, no digamos ya practicables o políticamente digeribles. Pero es vital que se lancen alternativas, por muy extrañas que parezcan, y si fuera necesario, que se adopten si las condiciones así lo indican. De esta manera se puede abrir una ventana a todo un campo de posibilidades sin explotar y sin reconocimiento. Necesitamos un foro abierto —una asamblea global, por así decirlo— para analizar en que punto se halla el capital, hacia dónde se encamina y qué debe hacerse al respecto. Espero que este breve libro contribuya de algún modo al debate.

Nueva York, enero de 2014

¹ Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, Parte 2, Londres, Lawrence and Wishart, 1969, p. 540. [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Barcelona, Crítica, 1977].

INTRODUCCIÓN

SOBRE LA CONTRADICCIÓN

Tiene que haber una forma de examinar el presente que muestre en su interior cierto futuro como potencialidad; de otro modo, sólo se hace a la gente desear infructuosamente [...]

Terry Eagleton, *Why Marx Was Right*, p. 69.

En las crisis del mercado mundial se revelan aparatosamente las contradicciones y antagonismos de la producción burguesa. En lugar de investigar cuáles son los elementos contradictorios que entrechocan, los apologetas se contentan con negar la catástrofe misma y se obstinan en afirmar, frente a su periodicidad regular, que si la producción tuviese lugar según prevén los manuales, nunca se darían crisis. La apologética se resume pues en el falseamiento de las relaciones económicas más simples y especialmente en sostener la unidad frente a la contradicción.

Karl Marx, *Theories of Surplus Value*, tomo 2, p. 500.

EN INGLÉS EL concepto de «contradicción» se utiliza con dos significados básicos diferentes. El más común y más obvio deriva de la lógica de Aristóteles, cuando dos proposiciones son tan opuestas que no pueden ser ambas ciertas a la vez. La afirmación «todos los mirlos son negros», por ejemplo, contradice en ese sentido la afirmación «todos los mirlos son blancos». Si una de esas afirmaciones es cierta, la otra no puede serlo.

El otro uso es el que se refiere a dos fuerzas aparentemente opuestas simultáneamente presentes en una situación, una entidad, un proceso o un acontecimiento determinado. Muchos de nosotros, por ejemplo, experimentamos una tensión entre las exigencias del empleo con el que nos ganamos la vida y la construcción de una vida personalmente satisfactoria en el hogar. A las mujeres en particular se les aconseja constantemente sobre cómo mantener un mejor equilibrio entre los objetivos de su carrera profesional y sus obligaciones familiares. A cada momento nos vemos tironeados por tales tensiones, que tenemos que superar un día tras otro

evitando que nos estresen o agoten demasiado. Podemos incluso soñar con eliminarlas interiorizándolas. En el caso de las contradicciones entre la vida en familia y el trabajo, por ejemplo, podemos situar esos dos aspectos rivales de nuestra actividad en el mismo espacio y no separarlos en el tiempo; pero eso no siempre ayuda, como reconocerá quienquiera que se vea obligado a permanecer pegado a la pantalla del ordenador, esforzándose por cumplir un plazo marcado, mientras los niños juegan con cerillas en la cocina (por esta razón suele ser costumbre separar netamente los espacios y tiempos de la vida y el trabajo).

Siempre han existido tensiones entre las exigencias de la producción organizada y la necesidad de reproducir la vida cotidiana; pero a menudo son latentes, más que abiertas, y como tales permanecen inadvertidas para la gente que intenta cumplir sus obligaciones diarias. Además, esas oposiciones no están siempre claramente definidas, sino que pueden ser porosas e interpenetrarse. La distinción entre trabajo y vida, por ejemplo, a menudo se difumina (yo suelo tener ese problema). Del mismo modo que la distinción entre fuera y dentro depende de la existencia de fronteras nítidas, y a veces puede no haberlas, hay muchas situaciones en las que resulta difícil delimitar oposiciones claras.

Pero hay situaciones en las que las contradicciones se hacen más obvias. Se agudizan y llegan a un punto en que la tensión entre deseos opuestos se hace insoportable. Es el caso de la que se suscita entre los alicientes profesionales y una vida familiar satisfactoria, las circunstancias externas pueden cambiar y convertir lo que en otro tiempo fue una tensión aceptable, en una crisis: las exigencias del empleo pueden alterarse (por ejemplo, con un cambio de horario o ubicación) y también pueden modificarse las circunstancias en el frente hogareño (una enfermedad repentina, la suegra que se hacía cargo de los niños después de la escuela se va a vivir a Florida...), así como los sentimientos íntimos de las personas: alguien experimenta una epifanía, se concluye que «no se puede seguir así» y se abandona asqueado el empleo o el hogar. Principios éticos o religiosos recién adquiridos pueden exigir una forma diferente de estar en el mundo. Distintos grupos de la población (por ejemplo, mujeres y hombres) o distintos individuos pueden sentir y reaccionar de forma muy diferente frente a contradicciones similares. En la definición y apreciación del poder de las contradicciones existe un poderoso elemento subjetivo; lo que es insoportable para uno puede no significar nada especial para otro. Aunque las razones pueden variar y las condiciones diferir, las contradicciones latentes pueden intensificarse de repente hasta convertirse en crisis violentas. Una vez resueltas, las contradicciones pueden también atenuarse de repente (aunque rara vez sin dejar marcas y a veces cicatrices de su paso). El genio queda así temporalmente encerrado de nuevo en la botella, por decirlo así, de modo habitual mediante algún reajuste radical entre las fuerzas opuestas enfrentadas que se hallan en la raíz de la contradicción.

Las contradicciones no son siempre rotundamente malas y evidentemente no trato de sugerir connotaciones automáticamente negativas. Pueden constituir una fuente fecunda de cambio social y personal de la que la gente salga mucho mejor que antes. No siempre sucumbimos y nos perdemos en ellas. Podemos utilizarlas creativamente. Una de las eventuales salidas de una contradicción es la innovación. Podemos adaptar nuestras ideas y prácticas a nuevas circunstancias y aprender de la experiencia a ser mejores y más tolerantes. Parejas que se han distanciado pueden redescubrir las virtudes del otro cuando tratan de resolver una crisis entre trabajo y familia, o pueden encontrar una solución tejiendo nuevos lazos duraderos de apoyo y cuidado mutuo en el ámbito donde viven. Ese tipo de adaptación se puede dar tanto a escala individual como macroeconómica. Gran Bretaña, por ejemplo, se vio en una situación contradictoria a principios del siglo XVIII: se necesitaba tierra para extraer biocombustibles (en particular carbón vegetal) y para la producción de alimentos, y en una época en que la capacidad del comercio internacional en energía y alimentos era limitada, el desarrollo del capitalismo amenazaba interrumpirse debido a la creciente rivalidad con respecto a uno u otro de esos usos de la tierra. La respuesta estaba en excavar minas a cierta profundidad para obtener carbón como fuente de energía, de forma que la superficie se pudiera utilizar únicamente para la producción de alimentos. Más tarde, la invención de la máquina de vapor contribuyó a revolucionar el propio capitalismo al generalizarse el uso de combustibles fósiles. Una contradicción puede ser con frecuencia la «madre de una invención»; pero observemos algo importante al respecto: el recurso a los combustibles fósiles alivió entonces una contradicción pero ahora, siglos después, intensifica otra entre su uso desmedido y el cambio climático. Las contradicciones tienen la desagradable costumbre de no ser resueltas sino simplemente desplazadas. Observemos bien este principio, porque aparecerá muchas veces en lo que sigue.

Las contradicciones del capital han generado a menudo innovaciones, muchas de las cuales han mejorado la calidad de la vida cotidiana. Cuando las contradicciones dan lugar a una crisis del capital, propician momentos de «destrucción creativa». Rara vez sucede que lo que se crea y lo que se destruye esté predeterminado y menos aún que todo lo que se crea sea malo y todo lo que era bueno resulte destruido, y rara vez se resuelven totalmente las contradicciones. Las crisis son momentos de transformación en los que el capital suele reinventarse a sí mismo y transformarse en algo diferente; y ese «algo diferente» puede ser mejor o peor para la gente por mucho que estabilice la reproducción del capital. Pero las crisis son también momentos de peligro cuando la reproducción del capital se ve amenazada por las contradicciones subyacentes.

En este estudio me atenderé a la concepción dialéctica de la contradicción, más que a la de la lógica aristotélica¹. No quiero decir con esto que la definición aristotélica sea equivocada; las dos definiciones –aparentemente contradictorias– son autónomas y compatibles, solo que se refieren a circunstancias muy diferentes. En cuanto a la concepción dialéctica, muy rica en posibilidades, no me parece tan difícil de emplear como a veces se piensa.

Para empezar, en cualquier caso, debo atender a la que es quizá la contradicción más importante: la que se da entre realidad y apariencia en el mundo en el que vivimos.

Marx nos advirtió, como es sabido, que nuestra tarea consiste en cambiar el mundo más que en entenderlo; pero enjuiciando la totalidad de sus escritos hay que reconocer que dedicó infinitas horas en la biblioteca del Museo Británico a la tarea de entender el mundo. Y fue así, creo, por una razón muy simple, la que se suele expresar bajo el término «fetichismo». Con ese término Marx se refería a las diversas máscaras, disfraces y distorsiones de lo que sucede realmente en el mundo que nos rodea. «Si todo fuera tal como parece superficialmente –escribía– no habría ninguna necesidad de ciencia». Para poder actuar coherentemente en el mundo tenemos que indagar bajo las apariencias superficiales, ya que estas suelen inducir a una actuación con resultados desastrosos. Los científicos nos enseñaron hace mucho tiempo, por ejemplo, que el sol no gira en torno a la Tierra, como parece (¡aunque un reciente estudio sociológico realizado en Estados Unidos mostraba que el 20 por 100 de la población estadounidense sigue creyendo que es así!). Los profesionales de la medicina reconocen igualmente que existe una gran diferencia entre los síntomas y las causas subyacentes, habiendo transformado, con gran esfuerzo, su comprensión de las diferencias entre apariencias y realidades en el arte especializado del diagnóstico médico. Hace un tiempo yo tuve un dolor agudo en el pecho y estaba convencido de que era un problema de corazón, pero resultó ser un dolor reflejo de un nervio pinzado en el cuello que se resolvió con unos cuantos ejercicios físicos. Marx quería generar el mismo tipo de comprensión profunda en lo que se refiere a la circulación y acumulación del capital, por debajo de las apariencias superficiales que disfrazan la realidad subyacente. El acuerdo o desacuerdo con sus diagnósticos específicos no es lo que nos importa ahora (aunque sería estúpido no tener en cuenta sus descubrimientos), sino reconocer la posibilidad general de que a menudo atendamos a los síntomas más que a las causas subyacentes y de tener que desenmascarar lo que sucede verdaderamente bajo múltiples capas de apariencias superficiales a menudo engañosas.

¹ Bertell Ollman, *The Dance of the Dialectic. Steps in Marx's Method*, Champagne (IL), University of Illinois Press, 2003.

Déjenme ofrecer algunos ejemplos: si pongo 100 dólares en una cuenta de ahorro con una tasa de interés compuesto del 3 por 100, al cabo de 20 años mis ahorros habrán aumentado hasta 180,61 dólares. El dinero parece tener la capacidad mágica de poner sus propios huevos de oro, de crecer con un incremento anual cada vez mayor; sin que yo haga nada, mi cuenta de ahorros medra cada vez más. ¿Pero de dónde viene realmente el aumento de dinero (el interés)?

Ese no es el único tipo de fetiche en nuestro entorno próximo. El supermercado está lleno de signos y disfraces fetichistas. Una lechuga cuesta la mitad que un cuarto de kilo de tomates. ¿Pero de dónde vienen la lechuga o los tomates y quién es el que ha trabajado para producirlos o quién los ha transportado hasta el supermercado? ¿Y por qué cuesta un artículo mucho más que otro? Además, ¿quién tiene el derecho a adjuntar cierto signo cabalístico a los artículos en venta como \$, € o £ o de convertirlos en números como medio kilo cuesta un dólar o el kilo vale dos euros? Los artículos aparecen mágicamente en el supermercado con una etiqueta que marca su precio, de modo que los clientes con dinero pueden satisfacer sus deseos y necesidades dependiendo de cuánto lleven en sus bolsillos. Nos hemos acostumbrado a todo eso, pero no percibimos que no tenemos ni idea de dónde vienen la mayoría de los artículos, cómo se producen, quién los hace y en qué condiciones, o por qué se intercambian en las proporciones en que lo hacen y qué demonios es realmente el dinero que utilizamos (¿en particular cuando leemos que la Reserva Federal acaba de crear otro billón de dólares sacándose del sombrero!).

La contradicción entre realidad y apariencia derivada de todo ello es con mucho la más general y difundida que tendremos que afrontar al tratar de desvelar las contradicciones más específicas del capital. El fetiche entendido de esa forma no es una creencia insensata, una mera ilusión o una galería de espejos (aunque a veces parece serlo). Es realmente lo que sucede al usar el dinero para comprar mercancías o servicios y vivir sin más preocupación que la cantidad de dinero que tenemos y cuánto se podrá comprar con ella en el supermercado. Ciertamente es que el dinero guardado en mi cuenta de ahorros crece de año en año, pero si se le pregunta a alguien «¿qué es el dinero?», la respuesta suele ser un silencio perplejo. A cada paso nos esperan mistificaciones y máscaras, aunque ocasionalmente, por supuesto, nos sentimos conmocionados al leer que el millar o más de trabajadores que murieron al derrumbarse un edificio en Bangladesh se dedicaban a confeccionar las camisas que compramos en los grandes almacenes y que vestimos despreocupadamente. En general no sabemos nada de la gente que produce los bienes que dan sustento a nuestra vida cotidiana.

Podemos vivir perfectamente bien en un mundo fetichista de signos y apariencias superficiales, sin necesidad de saber nada de cómo funciona (del mismo modo que podemos accionar un interruptor y disponer de luz sin saber nada de la generación de electricidad). Solo cuando sucede algo extraordinario –los estantes del supermercado están vacíos, los precios suben disparatadamente, el dinero que guardamos en nuestra cuenta disminuye bruscamente de valor o la luz no se enciende– nos hacemos las grandes preguntas sobre por qué y cómo esas cosas que suceden «tan lejos», más allá de las puertas y de los muelles de descarga de los grandes almacenes, pueden afectar tan espectacularmente a la vida y el sustento cotidianos.

En este libro trataré de ir más allá de ese fetichismo y de determinar las fuerzas contradictorias que asedian al motor económico que hace funcionar al capitalismo, porque creo que la mayor parte de las explicaciones sobre lo que viene sucediendo son profundamente erróneas: reproducen el fetichismo y no hacen nada por despejar la niebla del equívoco.

Haré sin embargo una clara distinción entre *capitalismo* y *capital*. Esta investigación se centra en el capital y no en el capitalismo. ¿Qué implica esa distinción? Por capitalismo entiendo cualquier sistema social en el que predominan de forma hegemónica los procesos de circulación y acumulación del capital a la hora de proporcionar y configurar las bases materiales, sociales e intelectuales para la vida en común. El capitalismo está cuajado de innumerables contradicciones, muchas de las cuales no tienen, sin embargo, nada que ver directamente con la acumulación del capital. Esas contradicciones trascienden las especificidades de las formaciones sociales capitalistas. Como ejemplo podrían señalarse las contradicciones asociadas a las relaciones de género heteropatriarcales dominantes en las antiguas Grecia y Roma, en la antigua China, en Mongolia o en Ruanda. Lo mismo se puede decir de las distinciones raciales, entendidas como cualquier pretensión de superioridad biológica por parte de algún subgrupo de la población frente al resto (la raza no se define por lo tanto en términos de fenotipo: las clases obrera y campesina en Francia a mediados del siglo XIX eran abierta y ampliamente consideradas como biológicamente inferiores, opinión que cabe detectar en muchas de las novelas de Zola). La racialización y las discriminaciones de género se mantienen desde hace mucho tiempo y es evidente que la historia del capitalismo está intensamente racializada y generizada. Cualquiera podría entonces preguntarme por qué no incluyo las contradicciones de raza o de género (junto a muchas otras, como el nacionalismo, la etnicidad y la religión) como fundamentales en este estudio de las contradicciones del capital.

La respuesta más breve e inmediata es que las excluyo, porque aunque sean omnipresentes en el capitalismo no corresponden específicamente a la forma de circulación y acumulación que constituye el motor económico del mismo.

Eso no significa en absoluto que no tengan ningún efecto sobre la acumulación de capital o que esta no les afecte (quizá sería mejor decir «infecte») igualmente o las explote activamente. El capitalismo ha impulsado claramente en varias épocas y lugares la racialización, por ejemplo, hasta el extremo de los horrores de los genocidios y los holocaustos. El capitalismo contemporáneo simplemente aprovecha las discriminaciones y la violencia de género, así como la frecuente deshumanización de la gente de color. Las intersecciones e interacciones entre racialización y acumulación de capital son muy evidentes y están poderosamente presentes, pero un examen de esas cuestiones no nos dice particularmente nada sobre cómo funciona el motor económico del capital, por más que identifique una de las fuentes de donde extrae su energía.

Una respuesta más detallada requeriría una mejor comprensión de mi propósito y del método que he elegido utilizar. De la misma forma que un biólogo puede aislar determinado ecosistema cuya dinámica (¡y contradicciones!) hay que analizar como si no existiera el resto del mundo, yo trato de aislar la circulación y acumulación del capital de todo lo demás que las rodea. Las trato como un «sistema cerrado» a fin de determinar sus principales contradicciones internas. Utilizo, en resumen, el poder de la abstracción para construir un modelo de cómo funciona el motor económico del capitalismo. Uso ese modelo para explorar por qué y cómo se producen las crisis periódicas y si, a largo plazo, existen ahí ciertas contradicciones que pueden demostrarse fatales para la perpetuación del capitalismo tal como lo conocemos.

Del mismo modo que el biólogo admitirá fácilmente que fuerzas y trastornos externos (huracanes, calentamiento global y subida del nivel del mar, contaminantes nocivos en el aire o en el agua) perturbarán o incluso alterarán sustancialmente la dinámica «normal» de la reproducción ecológica en el área que ha aislado para su estudio, lo mismo sucede en mi caso: las guerras, el nacionalismo, las contiendas geopolíticas, los desastres de diversos tipos forman parte de la dinámica del capitalismo, junto con grandes dosis de racismo, odio y discriminaciones de género, sexuales, religiosas y étnicas. Se necesitaría un holocausto nuclear para acabar con todas ellas antes de que ninguna contradicción interna potencialmente fatal del capitalismo haya concluido su obra.

No digo, por lo tanto, que todo lo que sucede en el capitalismo sea obra de las contradicciones del capital, pero sí pretendo discernir las contradicciones internas de este que han generado las recientes crisis haciendo parecer como si no hubiera ninguna salida clara sin destruir la vida y sustento de millones de personas de todo el mundo.

Permítaseme utilizar otra metáfora para explicar mi método. Un gran buque que surca el océano es un lugar particular y complicado donde tienen

lugar distintas actividades, relaciones e interacciones sociales. Distintas clases, géneros, etnias y razas interactúan en formas a veces amistosas y otras violentamente conflictivas mientras transcurre el crucero. Los empleados, desde el capitán hasta el último grumete, están jerárquicamente organizados y algunos grupos (por ejemplo, los camareros que atienden a las cabinas) pueden estar enfrentados con sus supervisores y molestos con la gente a la que supuestamente deben servir. Podemos aspirar a describir en detalle lo que sucede en la cubierta y en las cabinas de ese navío y por qué. Pueden estallar contiendas entre los pasajeros de distintos puentes, aislándose los más ricos en los superiores para jugar una partida infinita de póquer y redistribuir la riqueza entre ellos, sin prestar ninguna atención a lo que sucede más abajo. Pero mi propósito aquí no es entrar a estudiar todo eso. En la sala de máquinas de ese barco se alojan sus calderas y compresores, un motor económico que funciona día y noche proporcionándole energía y permitiéndole desplazarse por el océano. Todo lo que sucede en esa nave depende de que ese motor siga funcionando. Si se estropea o estalla, el barco dejará de navegar.

En nuestro caso es el motor del capitalismo el que de modo obvio se viene estremeciendo en los últimos tiempos, y parece particularmente vulnerable. En esta investigación trataré de establecer por qué. Si se avería definitivamente y el barco deja de desplazarse, podemos vernos todos en un problema muy serio. Habrá que reparar el motor o sustituirlo por otro con un diseño diferente. En este último caso, se plantea la cuestión de cómo rediseñar el motor económico y con qué características. Para hacerlo será útil saber qué es lo que funciona o no funciona bien en el viejo motor, de manera que podamos emular sus buenas cualidades sin reproducir sus fallos.

Hay, sin embargo, unos cuantos puntos clave en los que las contradicciones del capitalismo afectan al motor económico del capital con fuerza potencialmente destructiva. Si el motor se inunda debido a acontecimientos externos (como una guerra nuclear, una pandemia infecciosa global que interrumpe todo comercio, un movimiento revolucionario desde arriba que arremete contra los maquinistas de abajo o un capitán negligente que dirige al barco contra un arrecife) el motor del capital se interrumpiría entonces por razones distintas a sus propias contradicciones. En lo que sigue señalaré debidamente los puntos primordiales en los que el motor de la acumulación de capital puede ser particularmente vulnerable a tales influencias externas, pero no analizaré en detalle sus consecuencias dado que, como ya he dicho, mi propósito aquí es aislar y analizar las contradicciones *internas* del capital más que las contradicciones del capitalismo en su conjunto.

En ciertos círculos parece de buen gusto despreciar o menospreciar ese tipo de estudios como «capitalocéntricos», pero yo no veo nada malo en ellos con tal, por supuesto, que las pretensiones interpretativas que surgen de los mismos no se lleven demasiado lejos o en una dirección equivocada; y también creo necesario disponer de estudios capitalocéntricos mucho más sofisticados y profundos que faciliten una mejor comprensión de los problemas recientes con que se ha encontrado la acumulación de capital. ¿Cómo podemos interpretar los persistentes problemas actuales del desempleo masivo, la espiral a la baja del desarrollo económico en Europa y Japón, los inconstantes avances a trompicones en China, India y los demás países denominados colectivamente como BRIC? Sin una guía adecuada de las contradicciones que subyacen a tales fenómenos, estaremos perdidos. Es con seguridad miope, cuando no peligroso y ridículo, menospreciar como «capitalocéntricas» las interpretaciones y teorías de cómo funciona el motor económico de la acumulación de capital en relación con la coyuntura actual. Sin tales estudios interpretaremos equivocadamente, con gran probabilidad, los acontecimientos que se vienen produciendo. Las interpretaciones erróneas conducen casi siempre a políticas erróneas cuyo resultado será profundizar más que aliviar las crisis de acumulación y la miseria social que se deriva de ellas. Se trata, en mi opinión, de un serio problema en la totalidad del mundo capitalista actual: políticas erróneas basadas en una teorización errónea agravan las dificultades económicas y exacerban los trastornos sociales y la miseria resultante. Para el hipotético movimiento «anticapitalista» ahora en formación es aún más crucial no solo entender mejor el funcionamiento de su antagonista para oponerse al mismo, sino también articular una clara argumentación sobre por qué tiene sentido en nuestra época un movimiento de este tipo y por qué es tan necesario tal movimiento en los difíciles años que nos esperan para que el conjunto de la humanidad pueda vivir una vida decente.

Así, pues lo que pretendo aquí es una mejor comprensión de las contradicciones del *capital*, no del *capitalismo*. Quiero saber cómo funciona el motor económico del *capitalismo*, por qué funciona como lo hace, y por qué podría tambalearse y detenerse y a veces parece estar a punto del colapso. También quiero mostrar por qué debería sustituirse ese motor económico y cuál podría ser su eventual reemplazo.

TERCERA PARTE

LAS CONTRADICCIONES PELIGROSAS

Las contradicciones cambiantes evolucionan de forma diferente y proporcionan gran parte de la fuerza dinámica que subyace a la evolución histórica y geográfica del capital. En algunos casos su movimiento tiende a ser progresivo (aunque vaya acompañado de reveses y retrocesos aquí y allá). El cambio tecnológico ha sido en general acumulativo, como lo ha sido la producción geográfica de espacio, aunque en ambos casos hay fuertes contracorrientes y regresiones. Tecnologías viables son abandonadas y se desvanecen, espacios y lugares que una vez fueron vigorosos centros de actividad capitalista se convierten en pueblos fantasmas o ciudades en declive. En otros ámbitos el movimiento se parece más a un péndulo, como sucede en las oscilaciones entre el monopolio y la competencia o en el equilibrio entre la pobreza y la riqueza. En otros casos, como sucede con la libertad y el sometimiento, el movimiento es más caótico y aleatorio, dependiendo del flujo y reflujo de fuerzas políticas enfrentadas en lucha, mientras que en otras instancias, como en el complejo campo de la reproducción social, en el que las intersecciones entre la evolución histórica del capitalismo y los requerimientos específicos del capital son tan indeterminados y están tan entremezclados, la dirección y la fuerza del movimiento es irregular y casi nunca consistente. Los avances (puesto que lo son) de los derechos de la mujer, de los discapacitados, de las minorías sexuales (los grupos sociales de LGTB), así como de los grupos religiosos que tienen estrictos códigos sobre diversas facetas de la reproducción social (como el matrimonio, la familia, las prácticas de crianza de los hijos y temas similares), hacen difícil calcular exactamente en qué grado el capital y el capitalismo cooperan entre sí o se enfrentan en lo que atañe a las contradicciones fundamentales. Y si esto es cierto respecto a las contradicciones de la reproducción social, lo es todavía más en el complejo caso del sometimiento y la libertad.

La conformación dinámica de las contradicciones cambiantes proporciona gran parte de la energía y del vigor innovador de la evolución conjunta del capital y del capitalismo, y abre una riqueza (utilizo deliberadamente esa palabra para referirme a un potencial florecimiento de las capacidades humanas más que a las simples posesiones) de posibilidades para nuevas iniciativas. Estas son las contradicciones y los espacios en los que está latente la esperanza

de una sociedad mejor y de los que pueden surgir nuevas arquitecturas y construcciones alternativas.

Dentro de la totalidad que es el capital, y como sucede con las contradicciones fundamentales, las contradicciones cambiantes se cruzan, interactúan y crean interferencias entre sí de maneras fascinantes. La producción de espacio y las dinámicas del desarrollo geográfico desigual se han visto energicamente impactadas por los cambios tecnológicos, tanto en las formas organizativas (por ejemplo en los aparatos del Estado y en las formas territoriales de organización) como en las tecnologías del transporte y de producción de aquel. Las diferenciaciones en la reproducción social y en el equilibrio entre la libertad y el sometimiento florecen en las coordenadas del desarrollo geográfico desigual, hasta el punto de que ellas mismas se convierten en parte de la producción de espacio y del desarrollo desigual. La creación de espacios heterotópicos, donde por un tiempo pueden florecer formas radicalmente diferentes de producción, de organización social y de poder político, implica un terreno de posibilidad anticapitalista que está perpetuamente abriéndose y cerrándose. También es aquí donde actúan las dinámicas del monopolio y la centralización del poder frente a las de la descentralización y la competencia para influir sobre el dinamismo tecnológico y organizativo y para estimular la competencia geopolítica por el beneficio económico. Y no hace falta decir que el equilibrio entre la pobreza y la riqueza se ve constantemente modificado por la competencia interterritorial, las corrientes migratorias y las innovaciones competitivas respecto a las productividades del trabajo y la creación de nuevas gamas de productos.

En el marco de estas contradicciones dinámicas e interactivas es dónde podemos encontrar múltiples proyectos políticos alternativos. Muchos de ellos se forman como respuestas específicas del capital a sus propias contradicciones y por ello están principalmente dirigidos a facilitar su reproducción en condiciones de perpetuo riesgo e incertidumbre, si es que no de crisis en toda regla. Pero incluso en estos casos existen innumerables posibilidades para la inserción de iniciativas que tanto modifiquen el funcionamiento del capital como abran perspectivas respecto a lo que podría ser una alternativa anticapitalista. Por mi parte creo, de acuerdo con Marx, que el futuro ya está en gran medida presente en el mundo que nos rodea y que la innovación política, como la innovación tecnológica, es una cuestión de reunir de una forma diferente posibilidades políticas ya existentes pero aisladas y separadas hasta ese momento. Los desarrollos geográficos desiguales no pueden hacer otra cosa que generar «espacios de esperanza» y situaciones heterotópicas en las que pueden florecer nuevos modos de cooperación, al menos durante un tiempo, antes de que sean reabsorbidos por las prácticas dominantes del capital. Las nuevas tecnologías (como Internet) abren nuevos espacios de libertad potencial que pueden hacer avanzar la causa de la gobernanza democrática. Las iniciativas en el campo de la reproducción social pueden producir nuevos sujetos políticos deseosos de

revolucionar y humanizar las relaciones sociales en general y de cultivar un planteamiento más estéticamente satisfactorio y sensible de nuestra relación metabólica con la naturaleza. Señalar todas estas posibilidades no es afirmar que todas ellas darán frutos, sino sugerir que cualquier política anticapitalista tiene que ser diligente a la hora de rastrear entre las contradicciones para lograr encontrar su propio camino hacia la construcción de un universo alternativo utilizando los recursos y las ideas disponibles.

Esto nos lleva de modo inmediato a las contradicciones peligrosas si no potencialmente fatales. Supuestamente Marx dijo que el capital se derrumbaría a la postre bajo el peso de sus propias contradicciones internas, pero de hecho yo no he sido capaz de encontrar en qué lugar Marx afirmó tal cosa y de mi propia lectura de su obra creo que es extremadamente improbable que alguna vez dijera algo semejante. Esa afirmación presupone una ruptura mecanicista de la máquina económica del capitalismo que se produce sin que ningún agente humano eche arena en el motor o militantemente se lance a la tarea de detener su marcha y de reemplazarlo. La posición de Marx, que yo comparto en líneas generales en contra de ciertas corrientes de la tradición marxista/comunista y en contra de las opiniones que típicamente le atribuyen sus muchos críticos, es que probablemente el capital pueda funcionar indefinidamente, pero de una forma tal que provocará la degradación progresiva del planeta y un empobrecimiento de masas, que acarrearán un espectacular aumento de las desigualdades sociales y de la deshumanización de la mayoría de la humanidad, la cual se verá sometida a una negación cada vez más represiva y autocrática del potencial para el florecimiento humano individual mediante la intensificación de una vigilancia policial totalitaria por parte del Estado, un sistema de control militarizado y una democracia totalitaria, aspectos todos ellos que en gran medida ya experimentamos en el momento presente.

La intolerable negación del libre desarrollo de las capacidades y potencialidades creativas del ser humano que ello supone equivale a desperdiciar la cornucopia de posibilidades que el capital nos ha legado y a despilfarrar la riqueza real de las posibilidades humanas en nombre del perpetuo aumento de la riqueza monetaria y de la satisfacción de estrechos intereses económicos de clase. Enfrentados a semejante perspectiva, la única política inteligente es intentar trascender el capital y las limitaciones de una estructura de poder capitalista cada vez más autocrática y oligárquica y reconstruir las posibilidades imaginativas de la economía en una nueva configuración mucho más igualitaria y democrática.

El Marx por el que yo opto, en resumen, es un humanista revolucionario y no un determinista teleológico. En su obra pueden encontrarse declaraciones que apoyan esta última posición, pero considero que el grueso de sus escritos, tanto históricos como político-económicos, sustentan la primera interpretación. Por esta razón rechazo la idea de las contradicciones «fatales» y prefiero referirme a ellas como contradicciones «peligrosas», porque denominarlas de la primera

manera transmitiría una falsa sensación de inevitabilidad y de decadencia cancerosa, si es que no de apocalípticos desenlaces mecanicistas. Sin embargo, ciertas contradicciones son más peligrosas que otras tanto para el capital como para la humanidad y varían de lugar en lugar y de un momento a otro. Si hubiéramos escrito hace cincuenta o cien años sobre el futuro del capital y de la humanidad, muy posiblemente nos habríamos centrado en unas contradicciones diferentes a las que estoy hoy considerando aquí. La cuestión medioambiental y el desafío de mantener el crecimiento exponencial no hubieran exigido tanta atención en 1945, cuando la resolución de las rivalidades geopolíticas y la racionalización de los procesos del desarrollo geográfico desigual, así como el reequilibrio de la unidad contradictoria entre producción y realización mediante la intervención del Estado, eran cuestiones entonces más sobresalientes. Las tres contradicciones en las que me centraré a continuación son las más peligrosas para el presente inmediato, no solo para la capacidad del motor económico del capitalismo de continuar funcionando, sino también para la reproducción de la vida humana en unas condiciones mínimamente razonables. Una de ellas, pero solo una, es potencialmente fatal y únicamente será conjurada si surge un movimiento revolucionario capaz de cambiar la senda evolutiva que dicta la interminable acumulación de capital. Que semejante espíritu revolucionario cristalice o no para imponer cambios radicales en la manera en que vivimos no es algo que esté escrito en las estrellas. Depende por completo de la voluntad humana. Un primer paso para ejercer esa voluntad es asumir la plena conciencia de la naturaleza de los peligros actuales y de las opciones a las que nos enfrentamos.